

EL VALOR HISTÓRICO DE LOS EVANGELIOS

P. Juan Leal, S. J.

Estudios Bíblicos N° 1

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 - 41003 Sevilla.

ISBN: 84-7770-465-1
D.L.: Gr. 654-99
Impreso en Azahara
Printed in Spain

Índice de lecciones

Lección I.	El estudio crítico-histórico de los Evangelios.	19
	1. La palabra Evangelio	19
	2. Los Evangelios Canónicos	25
	3. Importancia del estudio científico de los Evangelios	30
	4. Doble aspecto de los Evangelios....	32
	5. Posición privilegiada de nuestros libros	35
	6. Marco científico y lingüístico en que nacieron los Evangelios	37
Lección II.	La genuinidad de los Evangelios en los documentos del siglo IV y III.	41
	1. Importancia de la tesis de la genuinidad	41
	2. Los títulos de los Evangelios	43
	3. Método de estudio	47
	4. Constantino el Grande y Eusebio de Cesarea	48
	5. San Jerónimo	50
	6. Orígenes	53
	7. Clemente de Alejandría	59
	8. Tertuliano	61

Lección III.	La genuinidad de los Evangelios en los documentos del siglo II.	67
1.	El fragmento de Muratori	67
2.	San Irineo, obispo de Lyon	70
3.	Teófilo de Antioquía	75
4.	Tarciano Siro	76
5.	San Justino el filósofo	78
Lección IV.	La genuinidad de los Evangelios en los escritores apostólicos.	89
1.	Papias de Hierápolis	90
2.	La carta de San Bernabé	106
3.	La doctrina de los Doce Apóstoles	107
4.	San Clemente Romano	108
5.	San Ignacio Mártir	108
6.	San Policarpo	109
Lección V.	La genuinidad de los Evangelios en los documentos heréticos, apócrifos y paganos.	111
1.	Testimonio de los herejes	111
2.	Testimonio de los Evangelios apócrifos	116
3.	Testimonio de los paganos	128
4.	Síntesis sobre el valor del testimonio externo	130
Lección VI.	La genuinidad de los Evangelios y el examen interno.	133
1.	El Evangelio de San Mateo	133
2.	El Evangelio de San Marcos	140

3. El Evangelio de San Lucas	144
4. El Evangelio de San Juan	148
5. La fecha de la composición de los cuatro evangelios	152
Lección VII. La genuinidad del texto de los Evangelios.	157
1. El problema de la Crítica textual ..	157
2. La lengua original del texto del N. T.	159
3. La materia y forma de los libros	161
4. La forma de la escritura y división del texto	162
5. Los testimonios del texto sagrado .	164
6. Cómo se utilizan las fuentes	173
7. La crítica interna	174
8. La crítica externa	179
9. Historia del texto sagrado	181
10. Valor del texto crítico actual	184
Lección VIII. La historicidad de los Evangelios.	189
1. La historicidad y genuinidad	189
2. La historicidad y la posición del Racionalismo	192
3. La historicidad y los Evangelistas .	198
4. La historicidad y el examen interno de los Evangelios	204
5. La historicidad y la primitiva historia cristiana	217
6. La historicidad y el éxito de los Evangelios	225

Apéndice.	La doctrina de la Iglesia sobre la autenticidad e historicidad de los Evangelios.	229
1.	San Mateo	229
2.	San Marcos y San Lucas	232
3.	La cuestión sinóptica	236
4.	San Juan	238
5.	Motu proprio	238

Prólogo

Este libro no hubiera hecho falta escribirlo si no fuera por los llamados “racionalistas” que en estos dos últimos siglos han atacado la autenticidad de los Evangelios, negando que dos de ellos hayan sido escritos por dos Apóstoles y los otros dos por los discípulos de los Apóstoles. El más escandaloso de los rationalistas, fue, sin duda Strauss, quien, con su *Leben Jesu* del 1835 y 1864 armó una verdadera revolución en el campo bíblico. Y aunque sus teorías y afirmaciones están hoy en el más completo descrédito, aun en el campo acatólico, sin embargo, debido al aseglaramiento y relajación de algunos biblistas y teólogos católicos, todavía hoy encontramos muchos infectados de tales errores. Incluso hoy alguna editorial muy importante, en sus Biblias que se venden con la aprobación de la Conferencia Episcopal Española, dicen en la introducción al Evangelio de San Juan, que “el apóstol San Juan, el hijo del Zebedeo, no puede ser el autor del Cuarto Evangelio, ni puede ser tampoco el llamado “*el discípulo amado del Señor*”.

A estos autores parece que les trae sin cuidado las afirmaciones de San Pío X, de 1907, que van al final de este libro, ni la afirmación del concilio Vaticano II, que dice: “La Iglesia siempre ha sostenido y sostiene que los cuatro Evangelios tienen origen apostólico. Pues lo que los apóstoles predicaron por man-

dato de Cristo, luego, bajo la inspiración del Espíritu Santo, ellos y los varones apostólicos nos lo transmitieron por escrito, fundamento de la fe, es decir, el Evangelio en cuatro redacciones, según Mateo, según Marcos, según Lucas y Juan” (Dei Verbum, 18).

Fíjese el lector en el plural de las palabras: “ellos y los varones apostólicos”. La palabra “ellos” se refiere a los apóstoles, con lo que nos indican que fueron al menos dos los apóstoles evangelistas, San Mateo y San Juan. Y las palabras: “varones apostólicos”, como también están en plural, nos dicen también que son otros dos, Marcos y Lucas. Y no pudieron ser otros autores posteriores, por que son nombrados con el apelativo de “apostólicos”, título que se da exclusivamente a los que convivieron con los mismos apóstoles.

Las fuentes

Algunos hablan de *las fuentes* que debieron utilizar los evangelistas para componer los Evangelios. A mí, personalmente, esto de “las fuentes”, sencillamente me parece ridículo, porque en lo que hace a los apóstoles, San Mateo y San Juan, tenían en su mente tanto material para escribir, que, como apunta el mismo San Juan, “*si se escribieran una por una, creo que este mundo no podría contener los libros*” (Jn.21,25).

Sabemos muy bien que ninguno de los Evangelistas escribió todo lo que sabía. Como ejemplo podemos ver la cantidad de milagros y de discursos del Señor que nos narra San Juan, que no fueron escritos

por ninguno de los sinópticos, y milagros tan maravillosos que nos resulta imposible creer que no los supieran: como el milagro de las bodas de Caná, el del ciego de nacimiento, la resurrección de Lázaro, etc. etc., que si no hubiera escrito San Juan al final su Evangelio, nunca hubiéramos sabido de estos tan grandes milagros.

Sabemos que San Juan leyó los Sinópticos, y él procuró escribir muchas cosas de las que ellos habían dejado, pero no todo, como él mismo nos lo dice en 21, 25, y como también el apóstol San Pablo nos cuenta algunas cosas que hizo o dijo Jesucristo, y que no constan en ninguno de los Evangelios, como aquella frase: *“Mayor dicha hay en dar que en recibir”* (Hech.20,35). También San Pablo nos da mas detalles de las palabras de la consagración en la ultima Cena que las que nos dan todos los evangelistas. En la primera a los Corintios 15,5-8, también nos habla de más apariciones de Jesús a sus discípulos después de resucitado, que las que nos narran los Evangelios.

Esto nos indica que los evangelistas debían saber mucho más de lo que escribieron, pero por las dificultades que tenían para escribirlo todo, resumieron y sintetizaron muchas cosas, como nos dice el concilio Vaticano II: “Los autores sagrados escribieron los cuatro Evangelios escogiendo algunas cosas de las muchas que se transmitían de palabra o por escrito, sintetizando otras, o explicándolas atendiendo a la condición de las Iglesias, reteniendo, en fin, la forma de proclamación, de manera que siempre nos comunicaban la verdad sincera acerca de Jesús. Escribieron,

pues, sacándolo ya de su memoria o recuerdos, ya del testimonio de quienes “*desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra*” (Lc.1,2-4), con la intención de que conozcamos la verdad” (Dei Verbum, 19).

Los Santos Padres desde la era apostólica nos han venido transmitiendo quienes compusieron los Evangelios.

San Papías (110), es el primero que nos da los nombres de los evangelistas. Pero como algunos de los racionalistas se han atrevido a negar que Papías tuviera relación con los apóstoles, vamos en primer lugar a ver si verdaderamente Papías fue un varón apostólico.

El primero en afirmarlo es San Ireneo, que es la mayor autoridad en este punto, por haber tenido relación con San Policarpo, que afirma fue compañero de Papías, y ambos discípulos del apóstol San Juan.

Dice así San Ireneo: “He aquí lo que Papías, oyente de Juan, compañero de Policarpo, hombre venerable, atestigua por escrito en su libro cuarto...” (Adv.Haer.V,33,4)

Pero además de este texto de San Ireneo, que por ser suyo es importantísimo, quiero aducir también otros que trae D. Daniel Ruiz Bueno en su obra “Padres Apostólicos” de BAC,65:

1, “Tomando ocasión de Papías, el ilustre hombre de Hierápolis, que fue discípulo del que reposó sobre

el pecho del Señor...” (Anast. Sinait., *Contempl. anagog. in Hexaëm.*, I.I: PG 89,860).

2, “Los más antiguos de los intérpretes eclesiásticos, digo, Filón el filósofo, contemporáneo de los Apóstoles, y el célebre Papías, el discípulo de Juan evangelista, hierapolitano...” (Idem, o.c., 1.VII: PG 89,962).

3, “Papías, obispo de Hierápolis, que fue oyente de Juan el Teólogo y compañero de Policarpo, escribió cinco libros de Sentencias del Señor...” (Philippus Sidetes, of. TN 5,2 (1888) , 170.)

4, “El Evangelio de Juan fue manifestado y dado a las Iglesias cuando Juan vivía todavía en cuerpo, como lo refirió Papías, por nombre hierapolitano, discípulo caro de Juan, en los Exotéricos, es decir, en los últimos cinco libros” (Cod. Vatic. Alex. 14. s.IX, ed. J. M. Tomasius, Card. Opp. I,344).

Queda, pues, bien demostrado que San Papías fue un padre apostólico, por haber sido discípulo de un apóstol como fue el apóstol San Juan. Por tanto, su autoridad es importantísima en esta materia, ya que supo de primera mano quienes fueron los verdaderos autores de los Santos Evangelios.

Este es, pues el testimonio de Papías:

“Mateo ordenó en lengua hebrea las *Loguia* del Señor (el Evangelio), y cada uno lo interpretó conforme a su capacidad (HE.3,39,16).

“El Presbítero, (se refiere al apóstol S. Juan), decía esto: Marcos intérprete que fue de Pedro, puso cuidadosamente por escrito, aunque no con orden (cronológico), cuanto recordaba de lo que el Señor habla dicho y hecho... (Ibid.39,15).

Y con respecto al Evangelio del apóstol San Juan, el Cod. Vatic. dice lo siguiente: “El Evangelio de Juan fue manifestado y dado a las Iglesias cuando todavía vivía Juan, como lo refirió Papías, discípulo caro de Juan...” (BAC 65, pag. 884).

San Justino (150-160), al hablar de los Evangelios los llama: “Los Comentarios de los Apóstoles”, en clara alusión a que los apóstoles fueron sus principales autores. Y añade: “Los Apóstoles en sus comentarios, que se llaman Evangelios, nos transmitieron lo que les fue mandado” (Ap. I, 3^a, 66).

Y en el Diálogo con Trifón, dice: “En los Recuerdos (Evangelios), que yo digo fueron compuestos por los Apóstoles y por quienes a estos siguieron...” Al hablar en plural nos dice claramente que al menos dos de los Evangelios fueron compuestos por dos apóstoles (Dial. 103).

San Teófilo de Antioquía (m.181), nos da el nombre del cuarto evangelista cuando dice: “Todos los Evangelistas fueron movidos por en Espíritu Santo, y entre ellos Juan, que dice así: *En el principio fue el Verbo, y el Verbo estaba en Dios*. Y luego añade: *El Verbo era Dios, todo fue hecho por Él, y nada sin Él fue hecho* (Autolycum,2,22).

San Ireneo (208). San Ireneo que por haber sido discípulo querido de San Policarpio, el cual lo había sido del apóstol San Juan, es el que está en condición más privilegiada para saber quienes fueron los verda-

deros autores de los Evangelios, y principalmente del Evangelio de San Juan. Estas son sus palabras:

“Mateo redactó su Evangelio en hebreo, que era la lengua propia de ellos (los judíos), mientras Pedro y Pablo evangelizaban en Roma y fundaban la Iglesia. Después de su muerte, Marcos, discípulo el intérprete de Pedro, nos transmitió también él por escrito lo que había sido anunciado por Pedro. Y Lucas, compañero de Pablo, consignó en un libro el Evangelio que era predicado por Pablo. Después también Juan, discípulo del Señor, el que había descansado sobre su pecho, redactó el Evangelio, cuando moraba en Efeso de Asia (Adv. Haer. 3,1,1).”

Y continúa: “Esta misma fe ha sido anunciada por Juan, discípulo del Señor. Quería éste por medio del anuncio del Evangelio extirpar el terror sembrado entre los hombres por Cerinto, y mucho más antes que él por aquellos que se denominan *nicolaítas*... Quería Juan confundirlos y convencerlos... (Ibid, 11,1).”

Fragmento de Muratori (s.II), dice que, “el tercer Evangelio es el de Lucas... Y el cuarto Evangelio es el de Juan, uno de los discípulos”.

Prólogo Antimarcionista (160-180), dice: “Como ya se hubiesen escrito los Evangelios de Mateo en Judea y de Marcos en Italia, Lucas, impulsado por el Espíritu Santo escribió su Evangelio en la región de Acacia...”

“El Evangelio de Juan se reveló y fue dado a las Iglesias por Juan mientras aun vivía, como un tal

Papías de Hierápolis, discípulo querido de Juan, recordaba en sus cinco últimos libros”.

Tertuliano (155-220). Tertuliano, a finales del siglo II, nos dice muy claro, que los evangelistas fueron dos apóstoles: Mateo y Juan, y dos varones apostólicos: Marcos y Lucas.

“Quede ante todo bien sentado que el Testamento Evangélico tiene por autores a los Apóstoles, a los cuales el Señor mismo impuso la misión de propagar el Evangelio. Hubo también varones apostólicos, no independientes, sino a una con los Apóstoles o en pos de sus huellas; porque la predicación de los discípulos pudiera tenerse por vana ostentación de ciencia, mejor aún, por la autoridad del mismo Cristo, que fue quien constituyó en maestros a los mismos Apóstoles.

Finalmente los Apóstoles Juan y Mateo nos instruyen en la fe: y los varones apostólicos, Lucas y Marcos, renuevan sus enseñanzas...”

“De la misma autoridad que las iglesias apostólicas, gozan los Evangelios, que por ellas y según ellas se leían, se nos han transmitido. A los Evangelios de Juan y Mateo me refiero; respecto al de Marcos, podemos decir que es el Evangelio de Pedro, cuyo intérprete fue aquel. En tanto que el contenido del Evangelio de Lucas, suele atribuirse a Pablo” (Adv. Marc. 4,2).

San Clemente de Alejandría (211). Decía que los Evangelios se escribieron primero los que contienen la genealogías... En cuanto al Evangelio de Juan, el

último, sabedor de que lo corporal estaba ya expuesto en los Evangelios, estimulado por sus discípulos e inspirado por el soplo del divino Espíritu, compuso un Evangelio espiritual" (HE. VI, 14, 5-7).

Orígenes (186-254). dice: "Acerca de los cuatro Evangelios, que son los únicos que acepta la Iglesia de Dios que está bajo el cielo, por tradición he aprendido que el primero que se escribió fue el *Evangelio de Mateo*, quien fue algún tiempo recaudador y después apóstol de Jesucristo, y que lo compuso en lengua hebrea y lo publicó para los fieles precedentes del judaísmo.

"El segundo fue el *Evangelio de Marcos*, quien lo hizo como Pedro se lo había indicado..."

"El tercero es el *Evangelio de Lucas*, el que Pablo alabó y que él hizo para los que venían de los gentiles."

"Además de todos estos está el *Evangelio de Juan*. ¿Qué habrá que decir sobre Juan, el que se recostó sobre el pecho de Jesús? Dejó un sólo Evangelio aun cuando confesaba que podía escribir tantos que ni el mundo podría contenerlos... (HE. 6, 25)."

"Atrevámonos a proclamar que la flor de los Evangelios es el Evangelio que nos dejó Juan. Pero nadie podrá saborear su sentido si antes no ha reposado sobre el corazón de Jesús, o si no ha recibido de Jesús a María por Madre... ¿Qué pureza de espíritu será necesaria para que descubramos el sentido escondido por la corteza de la letra?... (Com. a S. Juan 1, 23)."

Dionisio de Alejandría (190-265), duda si el Apocalipsis es del apóstol Juan; pero asegura con rotundidad que el Evangelio de Juan y la primera carta, son del apóstol Juan el hijo del Zebedeo (HE. VII, 25).

Prólogo Monarquiano (S.III), Sobre el Evangelio de San Mateo, dice: “En el orden de los evangelistas, Mateo de Judea ocupa el primer puesto, porque él fue, en efecto, el primero que escribió un Evangelio estando en Judea (Historia Canónica, U.T. 1934).

El prólogo Antiquior, el cuarto Evangelio se lo atribuye al apóstol San Juan en Asia.

San Efrén (379) dice: “Mateo escribió su Evangelio en hebreo, que más tarde fue traducido a la lengua griega” (Evangelli concordatis exposio (Edit. Aucher) 286).

Eusebio de Cesarea (340). “De entre todos los apóstoles, solamente Mateo y Juan nos han dejado Memorias (Evangelios escritos) de las conversaciones del Señor, y aun es tradición que se pusieron a escribir forzados a ello.

Efectivamente, Mateo, que primero había predicado a los hebreos, cuando estaba a punto de marchar hacia otros, entregó por escrito su Evangelio, en su lengua materna, supliendo así por medio de la escritura lo que faltaba a su presencia entre aquellos de quienes se alejaba... (HE. 3, 24).”

“El resplandor de la religión brilló de tal manera sobre las inteligencias de los oyentes de Pedro, que

no se quedaban satisfechos con oírle un sola vez, ni con la enseñanza no escrita de la predicación divina, sino que con toda clase de exhortaciones importunaban a Marcos —de quien se dice que es el Evangelio, y que era compañero de Pedro— para que les dejase también un Memorial escrito de la doctrina que de viva voz se les había transmitido, y no le dejaron en paz hasta que el hombre lo tuvo acabado, y de esta manera se convirtieron en causa del texto del llamado Evangelio de Marcos (HE. 2, 15).

“Y por lo que hace Lucas, también él al comenzar su escrito, expone de antemano el motivo por el cual lo ha compuesto. Debido a que muchos se ocuparon con demasiada precipitación a hacerse una narración de los hechos de los que él mismo estaba bien informado, él se sintió obligado a apartarnos de las dudosas suposiciones de los otros y nos ha transmitido por medio de su Evangelio el relato seguro de todo aquello cuya verdad ha captado suficientemente aprovechando la convivencia y el trato con Pablo, así como la conversación con los demás apóstoles. (HE. 3, 24).”

“Vamos a indicar aquí los escritos incontrovertidos del apóstol Juan. En primer lugar, quede reconocido como auténtico su Evangelio, que se lee por entero en todas las Iglesias bajo el cielo. Sin embargo el hecho de que los antiguos lo catalogaran en cuarto lugar, detrás de los otros tres, acaso pudiera explicarse de la manera siguiente. Mateo, Marcos y Lucas habían publicado sus respectivos Evangelios, mientras Juan se dice que en todo este tiempo seguía usando de la pre-

dicación no escrita, pero que al fin llegó también a escribir por el motivo siguiente:

Los tres Evangelios escritos anteriormente habían sido ya distribuidos a todos, incluso al mismo Juan, y se dice que éste los aceptó y dio testimonio de su verdad, pero también que les faltaba la narración de lo que Cristo había obrado en los primeros tiempos y al comienzo de su predicación... En consecuencia se dice que por esto se le animó al apóstol Juan a transmitir en su Evangelio el periodo silenciado por los primeros Evangelios y las obras realizadas en este tiempo por el Salvador, es decir, las anteriores al encarcelamiento del Bautista...

“Juan, por tanto, transmitió en su Evangelio escrito lo que Cristo obró antes de que el Bautista fuera encarcelado, mientras que los otros tres evangelistas recogen los hechos posteriores al encarcelamiento del Bautista” (HE. 3, 24).

San Eusebio de Cesarea que leyó todos los documentos más antiguos, tiene una importancia capital para la autoría de los Evangelios, pues es muy difícil, por no decir imposible, que hubiera otros más informados que él.

El P. Juan Leal, que es un especialista en esta materia, nos informará extensamente en este libro, lo que yo he tratado de resumir en el prólogo.

Sevilla a 20 de abril de 1999
El editor

LECCIÓN I

El estudio crítico histórico de los Evangelios

1. La palabra “Evangelio”

La palabra “Evangelio”, se deriva del griego y de él ha pasado a todas las demás lenguas.

Su forma griega es “*euanguelion*” y consta de un adverbio (*eu*, bien) y de un verbo (*anguellô*, anuncio).

Evangelio, pues, según su etimología, es lo mismo que “*buena nueva*”, “*buen anuncio*”. Mas su significado en la literatura griega, como el de sus correspondientes hebreo y arameo, *besorah*, *besorethah*, no estuvo siempre en relación directa con el origen etimológico

“*Euanguelion*” designó con frecuencia, sobre todo en la lengua clásica antigua, el premio, el don y la recompensa que se daba al portador de una buena noticia. La forma corriente era el plural ¹.

En este sentido escribe Cicerón a su amigo Atico: “O suaves epistolas tuas, uno tempore mihi datas, duas! Quibus *euangelia* quae reddam, nescio ; deberi quidem plana fateor” ². “Oh qué agradables tus dos cartas, que me fueron entregadas a un mismo tiempo.

(1) Hom. Od. 14, 152, 166.

(2) Ad Atticum, 2, 12.

No sé qué recompensa dar por ellas; pero confieso que se les debe.”

Si al correo de una buena noticia se le daba un *premio* (*evangelio*), a los dioses que la habían proporcionado se les ofrecía un *sacrificio*, que también se expresaba con la palabra *evangelio*³.

Los traductores griegos del Antiguo Testamento han empleado alguna vez la palabra “*Evangelio*” en el sentido de premio, recompensa o merecido.

Así dice David que al mensajero de la muerte de Saúl, que pensaba traerle una buena noticia, le dió su merecido (*euanguelia*), haciéndolo matar en Siceleg⁴. S. Jerónimo ha traducido por “*mercedem*”, donde el griego pone “*euanguelia*”, y el hebreo “*besorah*”.

En el mismo S. Juan Crisóstomo se encuentra este sentido clásico⁵.

Con todo, en los traductores alejandrinos y en los mismos escritores griegos posteriores al siglo de Alejandro, la palabra “*Evangelio*” tiene generalmente su sentido etimológico de buena nueva o anuncio. Apiano concibe la noticia de la muerte de Cicerón como “un *evangelio*” o buena nueva para su adversario Antonio⁶.

Este sentido se encuentra con frecuencia en los papiros e inscripciones griegas del siglo que precede a Cristo y aun de los posteriores⁷.

(3) Aristófanes, *Equit.* 654, *euanguelia zuein*.

(4) 2 Sam, 4, 10.

(5) In *Act. hom.* 19, 5; (PG 60, 157).

(6) Appian. *Civ.* 4, 20. Cfr. Lucian Asin. 26.

(7) Cfr. A. Deissmann, *Licht vom Osten*, Tübingen, 1923 pp 313.

447. Una inscripción del año 9 a C. encontrada en Priene y que habla de

En la traducción griega de los Setenta leemos con frecuencia, sobre todo en la profecía de Isaías, el término “evangelio, evangelizar” con el sentido de buena nueva o anuncio, pero de orden religioso o mesiánico. En el conocido texto que la Iglesia aplica a la venida de los Reyes Magos, dice así el Profeta, tomando directamente las palabras del texto griego; “Vendrán a tí rebaños de camellos; te cubrirán los camellos de Madián y Efa; de Sabá vendrán muchos trayendo oro; traerán incienso y evangelizarán la salvación del Señor” ⁸.

El sentido de evangelio y evangelizar en Isaías, es netamente mesiánico. Su objeto o contenido es la obra de salvación que Dios quiere realizar por el Mesías y que empieza a anunciar a los hombres con caracteres de suprema alegría y felicidad, siglos antes de su realización.

La profecía de Isaías influye en el lenguaje de los predicadores y escritores del Nuevo Testamento.

Cristo, S. Lucas y S. Mateo aluden expresamente a los lugares mesiánicos de Isaías donde se encuentra la palabra “Evangelio” o el verbo “evangelizar” ⁹.

En el vocabulario del Nuevo Testamento, “Evangelio y evangelizar,” tienen siempre un contenido sagrado y mesiánico que deriva del lenguaje profético de Isaías.

las buenas nuevas (euangelia) traídas al mundo por Augusto. En el mismo sentido habla otra inscripción ática sobre Septimio Geta y Julio Vero Máximo. Id. ib. p. 313s.

(8) Is 60, 6; cfr. 40, 8; 52, 7; 61, 1; Ps 39, 10; 67, 12; 95, 2.

(9) Cfr. Lc 4, 18; 7, 22; Mt. 11, 5.

El Evangelio en la predicación de Jesucristo y de sus Apóstoles y Evangelistas, es la buena nueva por excelencia, la nueva de la salvación traída al mundo por el Mesías.

Es muy frecuente encontrarse en la predicación y escritos del Nuevo Testamento con la palabra *Evangelio*, *Evangelio del Reino*, *Evangelio de Dios*, *Evangelio de Cristo*, *Evangelio de la gracia de Dios*, *de la gloria de Dios*¹⁰.

No es siempre uno el sentido del atributo modificativo. Unas veces hace de sujeto y otras de objeto. Así el Evangelio de Dios es la buena nueva que Dios ofrece al mundo.

El Evangelio de Pablo es lo que él predica. El Evangelio de la gracia, de la gloria de Dios, es el Evangelio que tiene por objeto la gracia y la gloria de Dios. Y el mismo sentido objetivo tiene “el Evangelio del Reino”. Los Judíos del tiempo de Cristo resumían en la palabra “reino de Dios o de los cielos” sus ideas sobre la futura redención de Israel. Todas las promesas de Dios sobre la futura grandeza y liberación de los Judíos, todas las esperanzas del pueblo, se compendianban en el reino de Dios. Jesucristo, al empezar su predicación, anuncia que ese reino ha llegado, y con él la

(10) *Evangelio*: Mt 26, 13; Mc 1, 15; 8, 35; 10, 29; 13, 10; 14, 9; 16, 15; *Ev. del Reino*: Mt 4, 23; 9, 35; 24, 14; Mc 1, 14; *Ev. de Dios*: Rom I, 1; 15, 16; 2 Cor 11, 7; 1 Tes 2, 2; 8, 9; 1 Pet 5, 17; *Ev. de Cristo*: Mc 1, 1; Rom 15, 19; 1 Cor 9, 12. 18; 2 Cor 2, 12; 9, 13; 10, 14; Gal 1, 17; Fil 1, 27; 1 Tes 3, 2; 2 Tes 1, 8; *Ev. de la gracia de Dios*: Act 20, 24; *Ev. de la gloria de Dios*: 1 Tes 1, 11; *Ev. mío*: (de Pablo): Rom 1, 16; 16, 25; 2 Cor 4, 3; 1 Tes 1, 5; 2 Tes 2, 14; 2 Tim 2, 8; *Ev. del prepucio o incircuncisión*: Gal 2, 7.

realización de las promesas de Dios, la realización de las esperanzas de Israel.

Esta es la buena nueva que anuncia Jesucristo, este es su “*Evangelio*”.

Esto es lo que “*evangeliza*”. Y, porque el reino de Dios, las promesas de Dios, las esperanzas de Israel, se resumían en la persona del mismo Mesías, evangelizar el reino es lo mismo que evangelizar al Señor, evangelizar a Jesús, que es el Mesías prometido, el Redentor del mundo ¹¹.

Este es el sentido que tiene “el Evangelio” en la boca de Jesús y en la pluma de sus historiadores. Conserva su valor etimológico de “buena nueva”, limitada al campo sagrado, religioso y mesiánico; se trata siempre de una nueva concreta y particular, la nueva o noticia que Jesús mismo en persona o sus Apóstoles y Enviados difunden por el mundo entero de que ha llegado ya el Reino de Dios, se ha cumplido ya el tiempo de que Dios realice sus promesas de redención y perdón; la venida de Dios a la tierra en la persona de Jesús de Nazaret, es en concreto la buena nueva, el “*Evangelio*” que Dios comunica.

La palabra “*Evangelio*” hoy nos sugiere enseguida la idea de un *libro* sagrado. Y, sin embargo, no fué éste su sentido primitivo, el que tuvo en la boca de Jesucristo y en la pluma de sus Apóstoles. Ni tampoco fué la idea que suscitaba en la mente de los primeros cristianos. El *Evangelio* antes de ser escrito fué pre-

(11) Cfr. Lc 4, 43; 8, 1; 10, 16; Act 8, 4; 15, 35; 11, 20; 5, 42; 8, 35.

dicado. Antes de ser leído, fué oído. Antes de ser libro, fué palabra.

La palabra de Cristo, de sus Apóstoles, el contenido hablado del mensaje divino que trasmítian a los hombres sobre la nueva economía religiosa de redención y gracia.

El Cristianismo no nació de los libros, sino de la Revelación de Dios comunicada por la palabra viva de Cristo y de sus Apóstoles. Dos de éstos, S. Mateo y S. Juan, escribieron después algo de lo que Cristo y ellos mismos habían predicado. Dos de los discípulos de Pedro y Pablo, S. Marcos y S. Lucas, fueron también escritores del primitivo mensaje oral cristiano. Y poco a poco, por esos cambios frecuentes del lenguaje humano, la palabra “Evangelio” del contenido histórico y doctrinal que en un principio significaba, pasó a expresar los libros o escritos que lo encerraban.

Pero tardó tiempo en imponerse este uso figurado.

En los primeros escritores cristianos no tiene todavía el Evangelio el sentido de libro o escrito. Se refiere más generalmente al contenido del mensaje cristiano y apostólico. Así en S. Clemente Romano y en S. Ignacio de Antioquía ¹².

(12) Clemens R. Epist. ad Cor, I, 42, 1-3 «Apostoli evangelizati sunt a Christo et ipsi evangelizant» (PG 1, 292; F 1, 152); Cor 47, 2 «Initium Evangelii» es lo mismo que el principio de la predicación o religión cristiana. (PG 1, 306; F 1, 161; Para S. Ignacio el Evangelio es la nueva de Cristo y su doctrina. (Ad Philad 5, 1.2; 8, 2; 8, 2; Ad Smyrn, 5, 1; 7, 2).

En el texto de Philad 8, 2 (PG 5, 700) Cornely-Merk ve ya el sentido de libro o escrito (p 621). Lo mismo cree Rosadini (p 116). También se suele traer en este sentido un texto de la Didache o Doctrina de los

S. Justino, en la primera mitad del siglo II, designa todavía nuestros libros con el nombre clásico de “Memorias de los Apóstoles”, nombre que recuerda el título que dió Jenofonte a su obra sobre Sócrates¹³.

Sin embargo, el mismo S. Justino nos advierte que era ya frecuente entre los cristianos llamar las Memorias de los Apóstoles con el nombre de “Evangelios”. “Las Memorias de los Apóstoles que se llama Evangelios”¹⁴.

Esta expresión de S. Justino nos prueba que ya en su tiempo, dentro del cristianismo se llamaba Evangelios a los libros que trataban de la vida y doctrina de Jesús. S. Justino, sin embargo, que escribe a los de fuera, no los llama Evangelios, sino Memorias, término de pureza clásica más reconocida¹⁵.

2. Los Evangelios Canónicos

La Religión cristiana nació de la palabra de Jesús y de sus Apóstoles.

Jesucristo, al revés de los grandes personajes humanos de la historia, no nos ha dejado una letra escrita. No fué un escritor, sino un predicador. Los más de

Doce Apóstoles. «Sicut habetis in Evangelio» (15, 3.4) «Facite secundum mandatum Evangelii» (11, 3) Es muy posible que ya en estos autores tenga la palabra Evangelio el sentido de escrito, pero no es cierto).

(13) (Apol I, 66 (PG 6, 429; J 128); Dial. 103, 8 (PG 6, 717; J 143).

(14) (Apol I, 68 (PG 428; J 128; K 56).

(15) Cfr Cormely Merk p 621.

sus Apóstoles fueron también meros predicadores. Por la predicación viva de la palabra hablada nació y se propagó el Cristianismo.

“El Cristianismo no comenzó como una academia de iguales que interpreta cada uno a su manera una antología de pensamientos escritos, como lo hubieran podido hacer los discípulos de Platón o de Aristóteles. Desde un principio, la Iglesia fué una sociedad jerárquica, presidida por S. Pedro y el Colegio de los Doce. Su doctrina no era escritura, sino palabra: “La palabra de Dios”, “la palabra de la salvación”. Los Apóstoles se presentan desde un principio “como los ministros de la palabra”¹⁶.

Cristo regeneró al mundo con su sangre y con su palabra y así quiso que cooperasen a su obra los suyos. La cristianización del mundo pagano se hizo por medio de la palabra hablada, rubricada con la sangre de los mártires.

Los numerosos términos con que designan los historiadores cristianos la actividad de los Apóstoles, revelan siempre que toda su fuerza estaba en la predicación hablada. *Evangelio, evangelista, evangelizar, predicar, testimonio, testimoniar, hablar, oír*, son otros tantos términos que muestran cómo la instrucción fundamental venía de la predicación.

Todavía a mediados del siglo II, Papías confía más en la fuerza de la palabra hablada que en la eficacia de los escritos. Más que leer libros, prefiere escuchar

(16) J. Huby, *L'Evangile*, p x 10s).

la voz de los Apóstoles, trasmisita por el hilo seguro de sus discípulos inmediatos.

Las palabras de Cristo no se introducen nunca en los escritos del N. T., a excepción de la segunda carta de S. Pedro, con un “está escrito”, sino con un “dijo, un mandó”.

Los Apóstoles no recibieron de Cristo el encargo explícito de escribir, sino de predicar y por eso se consagraron de lleno a la tarea de la catequesis oral.

Cuando nacen los primeros escritos cristianos, la catequesis oral es ya adulta y tiene sus formas claras y definidas.

La catequesis apostólica versaba esencialmente sobre la vida y la doctrina de Cristo. Cristo en la nueva religión desempeñaba un papel absoluto. Era el Fundador y era el Dios a donde se dirigía el culto. Había que creer en Cristo, amarlo y adorarlo al par del Dios de Israel. Pero antes de creer en Cristo, los catecúmenos tenían que saber quién había sido, lo que había hecho y lo que había dicho. Ciertos rasgos de la vida y fisonomía de Cristo, tenían que acentuarse de una manera especial. Así en los labios de los Apóstoles judíos y ante un auditorio de judíos, adquirieron especial relieve la descendencia davídica de Jesús según la carne, anunciada por los Profetas; su nacimiento de mujer, sin ninguna mención de padre carnal, su bautismo, los testimonios de Juan el Precursor, su fuerza en obras y palabras, sus entrañas de caridad, su obediencia, humildad y resignación total en las manos del Padre en las horas amargas de la Pasión y, por último, su triunfo glorioso con la Resurrección y Ascensión a los cielos.

A medida que el círculo cristiano se amplía y los predicadores primeros, testigos de la vida de Cristo, se irradién, separándose cada vez más del centro, se siente la necesidad de fijar por escrito la palabra de los Apóstoles, para consuelo de los simples fieles y para ayuda de los futuros predicadores.

Así nacen los primeros escritos cristianos, verdaderos apuntes de los discursos de S. Pedro y de sus compañeros; resúmenes de la catequesis oral ; colección de hechos y sentencias del Señor.

Cuando S. Lucas, entre el año 60 y 65, escribe su primer libro, se encuentra con muchos predecesores en la empresa de poner por escrito la verdad de lo que todos los fieles habían aprendido.

Hoy es bastante unánime el sentir, aun de los críticos católicos, que hubo en los primeros tiempos otros escritos distintos de nuestros actuales Evangelios y anteriores a algunos de ellos. Muy posiblemente fueron simples florilegios de hechos y sentencias sin orden ninguno cronológico, que fueron pronto suplantados por las obras de S. Mateo, San Marcos y S. Lucas.

San Juan escribe bastante más tarde, a fines del siglo I, cuando los tres primeros Evangelios y el Cristianismo ha corrido por todo el imperio.

En el siglo II nacen otros Evangelios en diversas iglesias y sectas particulares.

Los Obispos se empiezan a preocupar ante el crecido número de escritos sobre Jesucristo, pues la mayoría de ellos cambian y deforman la verdadera historia.

La Iglesia universal no reconoce desde el año 60 por lo menos, mas historia auténtica de Cristo que las obras de Mateo, Marcos, Lucas y luego la de Juan.

Estas obras no llevaban título que las distinguiese de los falsos Evangelios que iban naciendo. Los Obispos del siglo II les ponen un título que revele sus verdaderos autores y las distinga así de las otras menos seguras o falsas.

Y desde entonces, los cuatro Evangelios llevan los títulos de “Evangelio según Mateo, según Marcos, según Lucas y según Juan”. Estos Evangelios, y solamente estos, entran en la lista o canon de los libros sagrados que reconoce la Iglesia como auténticos y divinos. Así tenemos los Evangelios canónicos, en oposición a los evangelios apócrifos, que, sin negarles toda historicidad, la Iglesia no quiso nunca reconocer como suyos.

El presente libro sobre el valor histórico de los Evangelios, se circunscribe a los Evangelios Canónicos, a los Cuatro Evangelios que la Iglesia católica reconoce como auténticos, históricos y divinos. Y tratamos de ver si ese sentir unánime de los católicos, sobre la historicidad de nuestros libros sagrados, tiene un fundamento real y científico en la historia crítico-literaria.

S. Jerónimo, en el siglo IV, nos dice expresamente que hubo muchos en los orígenes cristianos que escribieron Evangelios, como atestigua S. Lucas en su prólogo. De ellos quedaban muchos todavía en tiempo del Santo Doctor. “Muchos fueron principio de diversas herejías, como el Evangelio según los Egipcios, Tomás,

Matías, Bartolomé, el evangelio de los Doce apóstoles, el de Basílides, el de Apeles y de los demás que sería interminable enumerar. Al presente baste decir que hubo algunos que sin el espíritu y gracia de Dios intentaron hilvanar una simple narración, más que hacer una historia; conforme verdad... Por esto la Iglesia que fué fundada por la palabra del Señor sobre la roca, sólo reconoce cuatro Evangelios, que son los cuatro ríos del paraíso” ¹⁷.

3. Importancia del estudio científico de los Evangelios

Monseñor Bougaud, en su obra *“El cristianismo y los tiempos presentes”*, escribe: “Si en esas cuatro Memorias no se tratase... más que de hechos ordinarios, aun cuando fuesen muy numerosos, no se habría nunca discutido su valor histórico; como no se discute el valor de los Comentarios de César o de las Memorias de Joinville. Pero trátase aquí del más grande de los acontecimientos, de un personaje que no se impone solamente a nuestra atención, sino que pide nuestra fe y la adoración y el culto de la humanidad” ¹⁸.

Los Evangelios, en concreto, tienen una importancia máxima en el estudio científico de la Religión Cristiana. Los dos grandes tratados que sirven de Intro-

(17) Prolog in Mt (PL 26, 15-18).

(18) Barcelona, 1907, Vol. II, p. 13.

ducción a la teología católica, el tratado de Jesucristo, Legado divino, y el tratado de la Iglesia, arrancan, se fundan y toman sus pruebas, de los Evangelios. Si los Evangelios son libros históricos y dignos de fe –nada mas que fe humana, como la que se puede dar a los Comentarios de César o a los Anales de Tácito– la existencia histórica de Jesucristo, su autoridad y su palabra de Enviado divino, su mensaje, se impone al historiador y al filósofo.

La Iglesia católica, como obra de Cristo, como sociedad infalible en materia de religión necesaria para dar el verdadero culto y agradable a Dios, para la salvación de los pueblos, se impone también en mera ciencia histórica.

Los Evangelios son el documento histórico más inmediato y más completo sobre la existencia histórica de Jesús de Nazaret, sobre su vida en este mundo, sobre los orígenes del cristianismo. Los Evangelios son los libros de los cristianos por antonomasia los que más han influido en todos los escritores cristianos, en los apologistas, en los ascetas, en los teólogos. Los que más han influido en la organización y en la vida práctica del cristianismo. Amigos y enemigos se han valido de los Evangelios para explicar y defender el cristianismo, para impugnarlo.

A Jesucristo lo conocemos en gran parte por los Evangelios; el cristianismo vale en gran parte lo que valen los Evangelios; es lo que son los Evangelios. La importancia del cristianismo, esta religión que se da como la única verdadera y agradable a Dios, como el medio indispensable para la salvación de los pueblos

y de los individuos, es la importancia que tiene el estudio científico y profundo de los Evangelios.

La humanidad antes de arrodillarse y de creer en Jesucristo, antes de aceptar el cristianismo, su dogma, su moral, su jerarquía y organización, tiene derecho a asegurarse de sus fuentes históricas.

Cada época emprende con pasión el estudio de los Evangelios y la nuestra se distingue por él. Las discusiones del siglo XVIII en Inglaterra y Francia dieron poco de sí, porque fueron demasiado apasionadas, limitadas a una superficialidad estéril por demasiadas prevenciones y prejuicios.

La batalla en torno a los Evangelios como libros históricos creció en el siglo XIX. La crítica alemana tuvo el atrevimiento de romper abiertamente con las tesis tradicionales; pero con ello creó muchas cuestiones que estudiadas con paciencia y amplitud de datos, iluminaron la verdad tradicional, que en un primer momento de pasión y deslumbramiento habían negado.

En medio de un fuego de lucha que ha durado mas de un siglo han aparecido muchas luces, muchas estrellas nuevas que ilustran, embellecen el cielo sereno y antiguo del dogma católico.

4. Doble aspecto de los Evangelios

Los católicos distinguimos en los Evangelios y, en general, en todos los libros sagrados, un doble aspecto: el humano y el divino.

Considerados bajo el aspecto humano, los Evangelios son objeto de la ciencia que se llama Introducción a los Libros del Nuevo Testamento ¹⁹.

Considerados en su aspecto divino, como palabra de Dios, son objeto de la ciencia que se llama Exegesis Bíblica.

Los Evangelios en su aspecto humano prescinden de que sean o no libros inspirados, libros que tienen Dios como autor principal. No se mira en ellos sino su valor humano que les proviene de la ciencia y veracidad de los autores humanamente considerados, en pura ciencia histórica.

La Teología se puede apoyar en los Evangelios como palabra de Dios; pero la Apologética, como son los tratados de Cristo Legado divino y de la Iglesia, no pueden basarse en los Evangelios sino como obras de fe y autoridad humana, de pura historia.

Para que los Evangelios tengan valor humano, autoridad histórica ante nosotros, estudiosos del siglo XX, es preciso que nos conste de sus autores humanos, de su integridad, y de la ciencia y veracidad de los autores.

La genuidad o autenticidad de los Evangelios estudia sus autores. ¿Fueron realmente escritos por los autores a los que comúnmente se les atribuyen? el I y el IV Evangelio ¿fueron realmente escritos por dos apóstoles que se llaman Mateo y Juan? El II y el III Evangelio ¿fueron realmente escritos por dos discípulos de los apóstoles que se llaman Marcos y Lucas?

(19) Cfr. *Cornely-Merk*, nº 1-6.

Esto es lo que estudia la genuinidad de los Evangelios.

La Crítica textual estudia la integridad del texto, la genuinidad del texto. Es una aplicación de la tesis anterior al texto. ¿Poseemos nosotros, al cabo de 20 siglos, el texto, la obra tal y como salió de la mano de sus autores? ¿Ha llegado a nosotros con cambios e interpolaciones?

La historicidad de los Evangelios estudia la ciencia de los autores y su veracidad. ¿Los autores estuvieron bien informados de los hechos y dichos de Jesús? (ciencia). ¿Falsearon la historia, los hechos y dichos que presenciaron o recibieron, los sujetaron o modificaron a sabiendas? (veracidad).

El valor histórico y humano de los Evangelios es evidente que consta de estas tres verdades: autenticidad, integridad e historicidad de los autores. Si se prueban estas tres tesis crítica e históricamente es indiscutible el valor de los Evangelios, su autoridad histórica.

Son las verdades que se necesita probar de antemano, cuando se trata de cualquier historia, aun profana. No se puede pedir mas para los Evangelios que lo que se pide para otros libros. Y probaremos por los métodos crítico-históricos con que se estudia el valor histórico de la historia o narración cualquiera.

5. Posición privilegiada de nuestros libros

Al empezar nuestro estudio nivelamos los Evangelios con cualquier otro libro de historia de la antigüedad clásica griega o romana. Con todo, desde un principio debemos afirmar que el resultado de la investigación no puede ser mas optimista y consolador. En favor de la autenticidad de los Evangelios existe tal tradición literaria como no existe para ningún otro escrito de la antigüedad. Una tradición antiquísima, pública, universal, constante. No tiene ni la menor comparación con la de ciertos escritores profanos, cuyas obras nadie pone en tela de juicio. Según los datos que toma Cristián Pesch de la Historia de la literatura griega de Christ, resulta que la primera mención literaria que encontramos en favor de Herodoto es en Aristóteles. A saber, cien años después de la muerte de Herodoto. La segunda, en Cicerón, más de 300 años después²⁰.

Si de la genuinidad pasamos a la integridad del texto, la posición privilegiada de los Evangelios es todavía más relevante.

Ernesto Bickel²¹ en su reciente historia de la Literatura Romana dice que en las bibliotecas de Europa, de todos los autores latinos no se conservan, sino 30 manuscritos que lleguen al siglo IV.

Y de siglos posteriores, contando todos los autores latinos, los códices unciales no pasan de 400.

(20) N. 132

(21) Lehrbuch der Geschichte der römischen Literatur, Heidelberg, 1937, p. 1, 3, 4.

De Virgilio, el poeta nacional romano, de la época de Augusto, sólo se conservan tres códices unciales.

De los discursos de Cicerón, el único códice en alguna manera completo y más antiguo es el *Vaticanus Basilicae S. Petri*, que pertenece al siglo VIII.

Los Evangelios, en cambio, nos han llegado a nosotros de una manera segura y amplia por tres clases de documentos: a) directamente, por los códices que llegan a 2610. De ellos 210 son unciales o mayúsculos y 5, aunque algunos sólo son fragmentos, del siglo IV.

De los 50 papiros que poseemos hasta el presente, el último, recientemente encontrado, es del siglo II. Los Leccionarios llegan hasta 1600. Un total de 4.260 testigos directos del texto sagrado.

b) Indirectamente y por completo lo tenemos también en las versiones, de las cuales hay algunas que llegan hasta el siglo II.

c) Implícitamente encontramos el texto mismo de los Evangelios en las citaciones de los autores antiguos. Citas frecuentes y muy completas en los autores del siglo III y II. Algunas se encuentran hasta en escritos del siglo I. La ciencia y veracidad de los autores está críticamente probada hasta en los últimos y más pequeños detalles.

De los Evangelios se ha hecho el análisis más minucioso que se puede hacer de un libro. Ningún otro libro de historia se ha sometido a tantas ni a tan duras pruebas. Y ahí están nuestros Evangelios sin que sus adversarios hayan podido demostrar la falsedad de una sola de sus afirmaciones.

6. Marco científico y lingüístico en que nacieron los Evangelios

A diferencia de Buda, Jesús no vino al mundo en una época de nublados históricos. Jesucristo nace en plena historia, bajo Augusto, y muere bajo Tiberio. Los Evangelios que nos hablan de la vida de Jesús se escriben en la lengua internacional de su tiempo, en la lengua del pueblo y de los sabios, en griego. La humanidad vive entonces uno de los períodos de más alta cultura filosófica y literaria. Alejandro había conquistado el mundo para unificarlo. La cultura y civilización griega había corrido a todo el oriente.

La capital del mundo intelectual fué Alejandría, donde las ideas del oriente se juntaron con las del occidente y de donde las ideas, como las mercancías, pasaban a todo el mundo. La biblioteca de Alejandría en tiempo de César, poco antes del cristianismo, llegó a tener hasta 700.000 volúmenes. Las literaturas de todos los pueblos debían hallarse en aquella biblioteca y los espíritus de todas las naciones mezclarse allí como los ríos en el mar.

Los literatos se preocupan de las ediciones críticas. Hacia el año 170 antes de Cristo, Aristarco de Sototracia hace su edición crítica de Homero y se preparan los primeros diccionarios ²².

(22) Cfr. Weiss, Historia Universal, Barcelona, 1927. Vol. III. p. 74-111.

Los judíos están en íntimo contacto con el espíritu de Alejandría.

Un intercambio continuo de viajeros y de cultura. La colonia judía de Alejandría, en la mitad del siglo I antes de C., según datos de Diodoro de Sicilia ²³ llegaba hasta 300.000, sin contar los esclavos y los que estaban de paso.

Todos los judíos de la Diáspora conservaban íntimo y directo contacto con la Tierra Santa y sobre todo con la capital, Jerusalén, a donde subían por lo menos una vez al año. Hacia el siglo III o II a. de C. se traduce al griego toda la Biblia para los judíos, que no conocen ya sino el griego, y para los paganos que se vuelven hacia el judaísmo ²⁴.

Con Roma, la capital política del mundo, tiene también íntimo contacto Palestina. Las autoridades civiles y militares son romanas. Herodes el Grande hace varios viajes a Roma para asegurarse el trono. Los hijos de Herodes, las supremas autoridades civiles, durante la vida de Jesús, se educan en Roma.

Los judíos de Roma eran numerosos. Hacia el año en que nació Jesús, se les calcula en 8.000 por lo menos. Cicerón se lamenta del oro romano que mandan al Templo de Jerusalén ²⁵.

En suma, Palestina, la patria de Jesús, el teatro de su actividad mesiánica, no era un rincón aislado

(23) XVII, 52.

(24) Cfr. Ricciotti, *Storia d'Israele*, Torino, 1933, Vol. II. n° 190-194.

(25) Pro Flacco. Cfr. Ricciotti o. c. u. 195-200.

del mundo civilizado. El Helenismo había penetrado profundamente en Palestina con la dominación griega primero y después con Herodes y sus hijos, todos de espíritu griego-romano.

En la corte de Herodes se mencionan dos maestros, uno griego y otro romano, como preceptores de los hijos; diversos retóricos y filósofos. Los áulicos del rey eran casi exclusivamente griegos. Entre los nombres de sus servidores, no se encuentra sino uno semiata. Todos llevan nombres griegos. Al morir el rey, el pueblo pidió a Arquelao, su sucesor, que despidiera a los griegos e introdujera judíos en su lugar.

Como prueba clara del espíritu cosmopolita y universal que reinaba en Palestina en tiempos de Jesucristo, baste el hecho de que la sentencia o el título que justificaba su crucifixión se hubo de escribir en tres lenguas: griego, latín y arameo. Jerusalén era un centro de universalidad. Todos los pueblos y razas del mundo civilizado desfilaban por sus calles, sobre todo en las grandes festividades.

Jesucristo vive en plena historia y en plena civilización y muere blanco de las miradas de todos los pueblos y razas.

Los Evangelios nacen en este mundo heterogéneo, mundo sabio y culto, que echó la semilla de todas las civilizaciones y culturas que han venido después.

Hay todavía más. Fuera del primer Evangelio, que se escribió en arameo y en Palestina, los otros tres, se escriben en griego, la lengua más culta de la antigüedad y la más universal; se escriben también fuera de Palestina.

El cuarto Evangelio en Efeso, ciudad de las más cosmopolitas y cultas del Asia Menor. El Evangelio de S. Marcos y de S. Lucas, se escriben en Roma, el corazón del imperio.

LECCIÓN II

La genuinidad de los Evangelios en los documentos del siglo IV y III

1. Importancia de la tesis de la genuinidad de los Evangelios

El estudio de la genuinidad de los Evangelios se propone investigar si los autores son realmente los que comúnmente se cree. Si nuestros cuatro Evangelios fueron realmente escritos por dos apóstoles: S. Juan y S. Mateo; y por dos discípulos de los Apóstoles: S. Marcos y S. Lucas.

Esta tesis es de suma importancia para el valor humano de los Evangelios. Las obras de testigos oculares o muy próximos a los hechos que se narran revisten siempre, en pura historia y crítica, especial carácter de autoridad. Son las fuentes que todo historiador concienzudo y crítico busca, cuando trata de narrar hechos pasados.

El valor de la genuinidad y su importancia en la crítica de los Evangelios lo han comprendido muy bien los adversarios del dogma cristiano.

Se puede decir que los esfuerzos todos de la Crítica independiente durante el siblo XIX han tenido como blanco la destrucción de la fe cristiana en los autores de los Evangelios.

El blanco último era destruir su valor de fuente histórica, pero para llegar aquí era preciso probar que no eran obras del siglo I o por lo menos de testigos presen-

ciales o muy próximos a los hechos. Obras de autores desconocidos, lejanos a los sucesos que narran, que no reflejan ya la fe de la primitiva Iglesia de Jerusalén, sino la fe de las Iglesias del siglo II, esparcidas por el vasto imperio de Roma. S. Juan, S. Mateo, S. Marcos y S. Lucas son nombres con que se cubrieron los verdaderos autores innominados de los Evangelios o nombres que pusieron los obispos y las Iglesias del siglo II para autorizar entre los fieles dichos escritos.

Si a esta tesis de la genuinidad los adversarios le dan tanta importancia, nosotros los católicos no podíamos descuidarnos; precisaba estudiar en serio la materia, la literatura antigua cristiana, la historia, hacer análisis detallado de los mismos Evangelios para sacar con certeza de crítica-histórica la época de su composición, sus verdaderos autores. Debíamos probar científicamente, por el testimonio externo de los documentos y el interno de los libros mismos, la verdad que creíamos poseer fiados en la fe y confianza que teníamos depositada en el magisterio infalible de la Cátedra de Pedro.

Hasta el siglo XVIII nadie había nunca dudado o negado los autores de los cuatro Evangelios. Se empezó por negar la autenticidad del cuarto Evangelio, con Eduardo Evanson, que fué el primero que salió en 1792 a la lucha. Le siguieron en Alemania Vogel (1802), Bretschneider (1820), Lützelberger (1840), Baur, el mismo año; Strauss quien, con su *Leben Jesu* del 1835 y 1864, armó una verdadera revolución en el campo bíblico¹.

(1) Cfr. *Cornely-Merk*, p. 737.

Las teorías y afirmaciones de estos primeros están hoy en el más completo descrédito, aun en el mismo campo acatólico, como veremos en lecciones siguientes.

2. Los títulos de los Evangelios

La palabra “*genuinidad*” deriva del latín y está tomada del orden natural. “*Genuinus appellatur relate ad patrem, qui eum revera genuit*”².

La palabra contraria es la de *espurio* o *adulterino*; el hijo que no tiene un origen legítimo, sino distinto del que oficialmente le corresponde y aparenta.

Los libros son “*partos del ingenio*”. Libro genuino es aquel que ha sido realmente escrito por quien representa el nombre a quien se le atribuye.

“*Auténtico*”, nombre de origen griego, dice lo mismo que genuino en esta materia. Genuinidad y autenticidad son también de hecho sinónimos.

Por la etimología *genuino* mira más al *origen* del libro y *auténtico* a la *autoridad* y valor que le compete.

Cuando una obra se presenta a sí misma como hija de un determinado autor, a quien en realidad, no corresponde, se dice que la obra está falsificada. Los Evangelios no se presentan a sí mismos como obras de los Evangelistas, pues los títulos no pertenecen al texto original y primitivo.

(2) *Holzmeister*, n. 6.

En este sentido, aunque tuviesen otros autores, nunca serían obras falsificadas, sino *espurias*.

Con todo, desde que llevan los títulos de “Evangelio según S. Mateo, S. Marcos, S. Lucas y S. Juan”, si estos no fueran realmente sus legítimos autores, tendríamos unos Evangelios pseudoepigráficos con títulos falsos, introducidos por ignorancia o mala fe.

Los Evangelios serían obras falsificadas, si los autores reales fuesen los mismos que les pusieron dichos títulos.

El fin, pues, del presente estudio es investigar si los autores auténticos de los cuatro Evangelios corresponden realmente a sus títulos de hoy.

Los títulos de los Evangelios no proceden, ciertamente, de sus mismos autores. Los escritores antiguos, sobre todo los orientales, nunca ponían su nombre en la cabeza de los escritos, si no era en las cartas³.

Los títulos se conocían ya en el siglo II y muy posiblemente nacieron en sus principios con el fin de distinguir los Evangelios auténticos y oficialmente reconocidos por los obispos católicos de los otros apócrifos y no admitidos a la lectura oficial de las Iglesias.

S. Ireneo⁴, el autor del Canon de Muratori⁵, Clemente de Alejandría⁶ y Tertuliano⁷, conocen ya los

(3) S. J. Crisóst, in Rom. hom. 1 (PG 60, 395).

(4) Adv. haer. I, 26 y 27; III, 11 y 14 (PG 7, 687. 688. 844. 916).

(5) J 268.

(6) Paedag. I 8. 9. (PG 3, 336. 340); Strom. I (PG 8, 885. 889) qui dives, 5 (PG 9, 609).

(7) Contr. Marc. 4, 2 (PL 2, 363).

títulos. Tertuliano rechaza el Evangelio de Marción, porque no lleva título.

La versión latina más antigua, que reflejan las obras de S. Cipriano, los transcribe, conservando la forma griega: *Evangelium kata Matthaeum, kata Marcum, kata Ioannem*⁸.

Todos los códices, aun los más antiguos, que poseemos de los Evangelios, tienen ya los títulos. No cabe, por tanto, duda sobre su antigüedad y de que remontan a los principios del siglo II.

Los obispos del siglo II quisieron ciertamente expresar con ellos los autores genuinos de los cuatro Evangelios.

Ya el mismo S. Agustín explica y defiende en este sentido los títulos de los Evangelios⁹.

La partícula *kata* con acusativo expresa en el griego helenista el autor¹⁰.

Y así lo entiende también el autor del fragmento de Muratori, cuando trata del tercer Evangelio.

La explicación más completa del alcance de los títulos nos la dan los *prólogos* llamados *antiguos y monarquianos*, llegados a nosotros por algunos códices de la Vulgata.

(8) *Testim. I, 18 y 12 (PL 4, 688. 685); Cfr. Th. Zahn. Einleitung in das N. T., Vol. II, Leipzig, 1924, p. 177s; 183. A. Harnack, die Chronologie der alt christlichen Litteratur bis Eusebius, Leipzig, 1897, I, 682.*

(9) *Contra Faust. lib 32, c2 (PL 42, 498) cfr. Th Zahn, II 183.*

(10) *Cfr II Mach. 2, 13, los escritos de Neemías; B. Dcbrunner, Grammatik des neut. Griechisch, Göttingen, 1931, nn 163.224. Et. 5 dic. 1912, 591.*

Los prólogos antiguos son tres. Dos más cortos para el Evangelio de S. Marcos y de S. Juan y otro más largo para el de S. Lucas. El prólogo a S. Mateo no ha llegado a nosotros. Encierran noticias preciosas sobre el origen de los Evangelios, sobre sus autores, el tiempo y el lugar de su composición.

Estos prólogos se escribieron en griego en el siglo II, muy posiblemente en Roma, y nos han llegado a nosotros por varios códices latinos de la Vulgata ¹¹.

Los prólogos monarquianos, que también se encuentran en algunos códices de la Vulgata, dependen de los Prólogos Antiguos y, muy probablemente de su versión latina, pues no parecen sino amplificaciones difusas de ellos. No es unánime el sentir sobre la época a que pertenecen. Generalmente se cree que fueron escritos en griego, cuyo original ha publicado von Soden basado en un manuscrito griego de Atenas.

(11) Cod. Toletanus sg. 8, Cod. Matritensis (bibl. univ. 32) sg. 8/9, Cod. Vaticanus (Barberini 637) sg. 9, Cod. Legionensis (S. Isidoro) sg. 10. El prólogo de S. Lucas se encuentra ya en el Códice ff² de la vetus latina, del sig. 5.

El texto y su explicación lo publicó *D. de Bruyne*, *Les plus anciens prologues latins des évangiles*, Rbén 40 (1928) 193-214. Cfr. también *A. Harnack*, *Die ältesten Evangelien-Prolege und die Bildung des N. T.*, *Sitzungsberichte der (Königlich) preussischen Akademie der Wissenschaften*, 24 (1928) 322-341.

Sobre la edad de estos prólogos convienen católicos y protestantes en el siglo II. *A. Jülicher-E. Fascher*, *Einleitung in das N. T.*, Tübingen, 1931, p. 396, los coloca entre los años 160 y 180. *M. J. Lagrange* en la recensión que hace del artículo de Dom de Bruyne en RB 38 (1929) 115-121, dice en la p. 119 que no hay razón para colocar todos los prólogos antes del 170 y que tampoco se prueba que dependan de ellos S. Ireneo y el autor del *Canon de Muratori*.

Lagrange cree que se acerca más al primitivo texto griego la traducción latina. Según él, datan estos prólogos del siglo II y tienen la misma antigüedad que el Canon de Muratori.

Sin embargo, la generalidad de los autores los pone en el siglo III con Corsen y Dom Chapman ¹².

Los títulos de los Evangelios, que remontan ciertamente hasta el siglo II, con los Prólogos Antiguos y Monarquianos que los comentan y explican en el siglo II y en el III, son ya una prueba histórica de la genuinidad de nuestros cuatro Evangelios Canónicos. Pero esto es lo que vamos a estudiar ahora metódicamente.

3. Método de estudio

La genuinidad de los Evangelios, cuáles son sus legítimos autores, es un hecho de historia. Los testimonios históricos deben por tanto ocupar el primer puesto en la demostración. Esto es lo que se llama testimonio externo.

Las razones de índole interna (testimonio interno) serán de carácter secundario, que pueden en mu-

(12) M. J. Lagrange, *Evangile selon St Lc*, Paris, 1921, XIV y XVI; P. Corsen, *Monarchianische Prologe zu den vier Evangelien* (Texte und Unters, zur Geschichte der altchristlichen Literatur) 15,1 (1986) El texto lo tiene también H. Lietzmann, *Kleine Texte für theologische und philologische Vorlesungen und Uebungen*, Bonn, 1933; B. Altaner, *Patrologia*, Torino, 1940, p. 91 s.

chos casos decidir de la bastardía de una obra, pero que por sí solas no deciden la autenticidad.

Los testimonios de la genuinidad de los Evangelios desde el siglo IV hasta nosotros son innumerables. La tradición desde entonces acá es *constante, universal y clara* a todas luces. Una creencia que no ha tenido cambios ni menguantes hasta el siglo XIX o fines del XVIII.

Recoger y acumular testimonios históricos claros y de cosa que nadie duda, sería superfluo. Por esto seguiremos un camino de retrogradación.

Retrocederemos desde el siglo IV hacia abajo, hasta los orígenes mismos del cristianismo. ¿Con qué documentos nos encontramos en ese viaje de retrogradación que nos hablen de los autores de los Evangelios?

Este será nuestro método. La tradición histórica es una cadena que arranca de los testigos hasta nosotros. La parte de cadena que se extiende desde el siglo IV hasta nuestros días es de simple vista de fácil apreciación. Desde el eslabón del siglo IV seguiremos bajando hasta ver dónde llega esa cadena, hasta palpar científicamente su origen, su primer eslabón.

4. Constantino el Grande y Eusebio de Cesarea

Hay un punto firme y seguro en la historia de la literatura evangélica. Un eslabón cierto y palpable para empezar la reconstrucción de la primitiva cade-

na de la tradición. La Iglesia al salir de las Catacumbas lleva en sus manos los cuatro Evangelios canónicos, reconocidos por todos como obras de dos apóstoles y de dos discípulos de los apóstoles.

Lo afirma Eusebio, el padre de la historia eclesiástica, y con él todos sus contemporáneos.

Eusebio sobresale por su erudición y espíritu crítico. Testigo de la literatura antigua anterior a él, que pudo utilizar en la famosa biblioteca de Cesarea (30.000 códices), fundada por su maestro Pánfilo y aumentada notablemente por él. S. Jerónimo habla con frecuencia de esta biblioteca donde se reunieron los mejores códices de la primitiva literatura cristiana. Perduró hasta el año 638 en que fué incendiada al tomar los mahometanos la ciudad.

Eusebio nació en la segunda mitad del siglo III y murió el 339. Su autoridad se debe a los documentos de los tres primeros siglos cristianos que conoció en la biblioteca de Jerusalén y Cesarea. Los fragmentos que transcribió en sus obras revelan en él gran precisión y espíritu crítico. Coincidieron por lo general perfectamente con los fragmentos hallados modernamente y llegados a nosotros por vías diferentes. Fué muy estimado y querido del emperador Constantino, que le honró con su amistad. La biografía de Constantino la debemos a la pluma de Eusebio.

Del Emperador recibió la orden de revisar el texto de los cuatro Evangelios y reformarlo en lo que pudiese discrepar o separarse de los códices más antiguos. Era el año 331. De Constantino recibió asimismo el encargo de hacer 50 ejemplares de la Biblia por

los mejores polígrafos y en cuadernos del mejor pergamino, de forma legible y portátil Estaban destinadas para las iglesias de la nueva capital del imperio ¹³.

Hecho importante que dió origen a los códices bizantinos que sirvieron más tarde de base al *textus receptus*.

Eusebio recoge en su Historia Eclesiástica las principales noticias y tradiciones sobre el origen y autores de los cuatro Evangelios canónicos que él llama “*Sacra Evangeliorum Cuadriga*”, “*Communi omnium consensu recepta*” ¹⁴.

Nos aduce el testimonio unánime de S. Ireneo ¹⁵, de Orígenes ¹⁶ de Clemente de Alejandría ¹⁷ y de S. Papías ¹⁸.

La tradición unánime de los siglos II y III que le han precedido.

5. S. Jerónimo

En la historia bíblica del siglo IV descuella *San Jerónimo*, el doctor Máximo, el autor de la Vulgata Latina, tal y como hoy la poseemos, el libro oficial de la Iglesia católica. S. Jerónimo habla de los autores de

(13) *Vita Constantini*, IV, 36 s. (PG 20, 1183/6).

(14) *HE* III, 25 (PG 20, 268; J 656).

(15) *HE* V, 8 (PG 20, 450 p).

(16) *HE* VI, 25 (PG 20, 582-583).

(17) *HE* II, 15; III, 24; VI, 14 (PG 20, 171. 263-267. 551).

(18) *HE* III, 39 (PG 20, 295-302).